

Germán Labrador Méndez: *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Madrid, Akal, 2017, 672 pp.

Germán Labrador (Vigo, 1980), profesor en el Departamento de Literatura Española y Portuguesa de la Universidad de Princeton, ha inaugurado la colección Reverso, dirigida por Juan Andrade, de la editorial Akal. El sello amplía así su catálogo, con la intención de dar voz a textos críticos con debates políticos y sociales para lectores que no se limiten al ámbito académico. Llega en un momento en el que se han publicado, precisamente, libros con ese tenor, como *CT o la Cultura de la Transición* (Debolsillo, 2012), volumen colectivo coordinado por Guillem Martínez no exento de polémica, e *Indies, hipsters y gafapastas: Crónica de una dominación cultural* (Capitan Swing, 2015), de Víctor Lenore. Se trata de obras que se inscriben en la corriente de los Estudios Culturales y nos hablan de las personas como sujetos históricos, de la sociedad y de los contextos.

Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986) es un título sin duda atractivo, que adelanta la postura sobre la cual van a pivotar las tesis, muchas de las cuales el autor ya adelantó en su primer libro *Letras arrebatadas. Poesía y química en la transición española* (Madrid, Devenir, 2009). Es conocida la vinculación política pública de Labrador con el partido Podemos, que ha defendido un discurso muy crítico con la Transición y con lo que según sus miembros constituye el "régimen del 78". El libro se inscribe en esa postura ideológica, ligada a los sentimientos de desencanto por la pérdida de una oportunidad histórica para que el rumbo político de España hubiera sido otro.

Hay una abundante argumentación y una prolijidad en los ejemplos que permiten al lector participar en un debate cuya complejidad es observada. Comienza, desde la cubierta, adelantando lo que se va a desarrollar a lo largo de casi setecientas páginas. En la fotografía "2 de Mayo", de Félix Llorio, unos jóvenes desnudos se suben al monumento de Daoiz y Velarde, situado en el barrio de Malasaña (Madrid). Por cierto, Labrador cuenta que aquel día una chica se cayó y se rompió el brazo. Quizá se trate de una simbólica premonición. Una de las imágenes finales es la de Juan Luis Recio, en la que el cantante mira al suelo compungido, probablemente pensando "no ha podido ser" (y tal vez preguntándose si ha merecido la pena), acompañada de unas letras que ponen punto y final a un proyecto inconcluso.

Desde las primeras páginas se examina el valor de la juventud como sujeto histórico y, en un plano general, las personas como protagonistas de la Historia, dando especial relevancia a movimientos democratizadores y populares

que surgieron al calor de la nueva etapa histórica que se abría. Labrador analiza la frase “el referéndum para la permanencia en la OTAN se aceptó como el coste por la plena incorporación a la Comunidad Europea” (p. 11), sobre la que el autor llama la atención: “este se transforma en una máxima universal una opinión interesada sobre un evento” (p. 11). Podía haber escogido cualquier frase con ese valor de *se*, pero Labrador nos recuerda lo que sucedió con el ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte. La campaña a favor del No de Felipe González digamos que fue un símbolo político del desencanto, de ruptura entre expectativas y realidad. Un cambio de ruta desde una forma de democracia a otra, que es la línea argumental que hilvana las páginas de *Culpables por la literatura*.

El atractivo principal del libro, bajo mi modo de ver, es que traza una Historia de la cultura española a través de los jóvenes escritores y cantantes, en fin, personalidades relevantes de la cultura que durante un tiempo fueron emblema desde una posición excéntrica a los modelos emanados desde las instituciones de poder. Sus historias particulares son un ejemplo de la validez, en ocasiones, de la universalmente conocida frase de Kate Miller en *Política sexual* (1970) “lo personal es político”. Están Leopoldo María Panero y Juan Luis Panero, los hijos de Leopoldo Panero que, junto con su otro hermano Michi y su madre Felicidad Blanc, simbolizaron el desencanto, en el documental homónimo de Jaime Chávarrri que en 1976 supuso todo un acontecimiento cultural. Hay un epígrafe titulado significativamente “Galería de fantasmas”. Labrador hace un esfuerzo por volver a poner sobre la mesa nombres hoy olvidados, como los de Eduardo Haro Ibars y Valentín Zapatero de la Cuesta, primeras víctimas de la seducción por esa arma letal llamada heroína, y que en los 70 estaba comenzando a extenderse. Incluso se llega a sugerir que la heroína pudo ser un arma química. Hay un libro sobre ello, de Juan Carlos Usó (*¿Nos matan con heroína? Sobre la intoxicación farmacológica como arma de Estado*, Libros Crudos, 2015). Por su parte, Labrador se limita a afirmar que “sin esa cultura de la impunidad y de la violencia [...] no puede comprenderse la simpatía con la que ha circulado la idea de la heroína como arma farmacológica del nuevo régimen” (p. 546). Al hilo del auge de la heroína, Labrador explica las connotaciones por las que pasa el término *yonqui*, y la importancia que tuvo en la opinión pública la campaña de sensibilización que llevó a cabo el gobierno. Pero, si hablamos de conceptos, probablemente el más interesante sea el de *generación bífida*, que Labrador acuña y del que se vale para explicar los rasgos que caracterizan a los jóvenes que protagonizan las páginas del libro, y que conforman lo que se ha denominado *contracultura*: “la contracultura no era el trabajo marginal de unos pocos jóvenes, sino un entero mundo alternativo, un complejo espacio editorial, una ciudad democrática alternativa con más capacidad de nombrar su tiempo que la cultura oficial, a pesar –o gracias a– los pocos medios de los que disponía” (p. 480).

Subrayar *democrática* es importante porque se trató de un fenómeno interclasista, que agrupaba bajo el mismo techo a jóvenes de cualquier estrato sociocultural. Desde luego, la importancia de las palabras en *Culpables por la literatura* es evidente: se reflexiona desde términos como bioliteratura, biopolí-

tica, contracultura, quinquí, yonquí, imaginación revolucionaria, revolución imaginaria, La Movida (Labrador la define así: "La Movida es a la ruptura estética lo que el PSOE a la ruptura política, es decir, un simulacro", p. 577) y muchos otros. Se ha optado por el uso de "x" para el plural genérico ("de unx en unx", p. 14; "nos-otrxs", p. 17, por citar solo un par de ejemplos, ya que su empleo es sistemático), empleo que sorprende teniendo en cuenta la procedencia académica no ya del libro sino del sello editorial.

En ese conglomerado cultural llamado contracultura hay revistas (*Ajo-blanco* es muy significativa, comenzando desde la tipografía de Coca-Cola en contraste con su nombre castizo), editoriales (es muy interesante el epígrafe "La epidemia del primer libro", pp. 350-355) y música. Respecto a este último ámbito artístico, Labrador destaca una cita de Herminio Molero, letrista español, que invita al debate: "Donde tenía que haber sido *Ejecutivos Agresivos*, con esa cosa corrosiva y dadaísta que tenían, ya era *Gabinete Galigari*, que están muy bien, pero bueno... donde tenía que haber sido *Zombies*, aparecen *Hombres G*".¹

Otra perspectiva puede ser leer la heterogeneidad cultural como la coexistencia de gustos heterogéneos, no de contrarios, y añadiría que el paso de una cultura *underground* no puede corresponderse únicamente con la normalización industrializada y amparada por los gobiernos del PSOE, sino por las fuerzas del campo literario –Labrador cita abundantemente a Pierre Bourdieu–, que fueron adaptándose y creciendo conforme a los gustos de los españoles. Otra sensación que provoca la lectura del libro es la de preguntarse cómo era exactamente lo que, según Labrador, la mayoría deseaba. Es estupenda la frase de cierre "la ciudad del deseo se ha movido y, en su lugar, hay otra" (p. 612), pero cabe cuestionarse la viabilidad de ese lugar supuestamente idílico, y de los parámetros desde los cuales estaría regido –los ideológicos los imaginamos–. Lo más valioso, en resumen y, para terminar, de la obra de Germán Labrador es el poner sobre la mesa un debate con implicaciones en la política actual, en el que se contrasten los distintos puntos de vista surgidos de las visiones sobre la Transición que se han construido, sobre todo, a partir de los productos culturales.

SOFÍA GONZÁLEZ GÓMEZ
CCHS-CSIC
sofia.gonzalez@cchs.csic.es

¹ Molero, H. Molero: "Las minas del rey Salomón o la historia de un vacío", en J. L. Gallero, *Solo se vive una vez. Esplendor y ruina de la movida madrileña*. Madrid, Árdora, 1991, p. 225.